

William S. Burroughs
y Jack Kerouac

Y los hipopótamos se cocieron en sus tanques

Epílogo de James W. Grauerholz
Traducción de Fernando González Corugedo



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
And the Hippos Were Boiled in Their Tanks
Grove Press
Nueva York, 2008

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: William Burroughs y Jack Kerouac, Nueva York, otoño de 1953,
foto © Allen Ginsberg Trust

Primera edición: abril 2010

© De la traducción, Fernando González Corugedo, 2010

© Herederos de William S. Burroughs
y herederos de Stella Sampas Kerouac, 2008

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2010
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7532-4
Depósito Legal: B. 5048-2010

Printed in Spain

Reinbook Impres, sl, Murcia, 36
08830 Sant Boi de Llobregat

AND THE HIPPOS WERE
BOILED IN THEIR TANKS

1945

by
William Lee
and John
Kerouac

Will Dennison
~~William Lee~~ chapters written by
William Lee, Mike Ryko chapters
by John Kerouac

WILL DENNISON

Los bares cierran a las tres de la mañana los sábados por la noche, así que llegué a casa hacia las 3.45 después de desayunar en el Riker's, en la esquina de la calle Christopher con la Séptima Avenida. Tiré el *News* y el *Mirror* en el sofá y me quité la chaqueta de sirsaca y la tiré encima de los periódicos. Me iba directo a la cama.

En ese momento zumbó el timbre. Es un timbre que suena fuerte y te atraviesa, así que corrí a apretar el botón para abrir la puerta de la calle. Luego cogí la chaqueta del sofá y la colgué en una silla para que nadie se sentase allí y puse los periódicos en un cajón. Quería asegurarme de que seguirían allí cuando me despertase por la mañana. Entonces fui hasta la puerta y la abrí. Calculé el tiempo justo para que no tuvieran ocasión de volver a llamar.

Entraron cuatro personas en el cuarto. Ahora explicaré en líneas generales quiénes eran esas personas y qué aspecto tenían, puesto que la historia es en su mayor parte sobre dos de ellas.

Phillip Tourian tiene diecisiete años y es medio turco y medio americano. Tiene todo un surtido de apellidos, pero el que prefiere es Tourian. Su padre usa el de Rogers.

Tiene el pelo, que le cae sobre la frente, negro y rizado, y la piel muy clara y los ojos verdes. Y antes de que todos los demás estuviesen dentro del cuarto, él ya se había instalado en la silla más cómoda de todas con una pierna por encima del brazo.

Este Phillip es el tipo de chico al que los maricas literatos escriben sonetos que empiezan: «¡Oh, greco mozo de córvidos cabellos...!» Llevaba unos pantalones muy sucios y una camisa caqui con las mangas arremangadas que dejaban al descubierto unos brazos muy masculinos.

Ramsay Allen es un hombre de aspecto notable, pelo gris y unos cuarenta años, alto y un poco fofo. Parece un actor un poco desastrado, o alguien que fue alguien. Además es del Sur, y asegura ser de muy buena familia, como todos los del Sur. Es un tipo muy inteligente, pero al verlo ahora nadie lo diría. Está tan colgado de Phillip que anda planeando a su alrededor como un buitre tímido, con una sonrisa boba y babosa en la cara.

Al es uno de los mejores tíos que conozco, y no hay mejor compañía que él. Y Phillip también está muy bien. Pero cuando se juntan los dos siempre pasa algo, forman una combinación que le ataca los nervios a todo el mundo.

Agnes O'Rourke tiene una cara irlandesa fea y un pelo negro rapado y siempre lleva pantalones. Es directa, hombruna, de fiar. Mike Ryko tiene diecinueve años y es un finlandés pelirrojo, una especie de marinero mercante vestido de caqui sucio.

Bueno, pues éstos son todos los que estaban, eran cuatro, y Agnes sujetaba una botella.

—¡Ah, Canadian Club! —dije—. Pasad y sentaos. —Como para entonces ya lo habían hecho saqué unos vasos de cóctel y todos nos servimos un trago a palo seco. Agnes me pidió un poco de agua y se la di.

Phillip tenía cierta idea filosófica que por lo visto había ido desarrollando a lo largo de la noche y ahora me la iba a contar. Dijo:

—He elaborado toda una filosofía a partir de la idea de que el desperdicio es el mal y la creación es el bien. Mientras estés creando algo, está bien. El único pecado es desperdiciar tus potencialidades.

A mí aquello me sonó bastante tonto, así que dije:

—Bueno, yo no soy más que un camarero atontado, pero qué pasa por ejemplo con los anuncios de jabón Lifebuoy, son creaciones, ya lo creo.

Y él dijo:

—Sí, pero verás, eso es lo que se llamaría una creación desperdiciada. Todo está dicotomizado. Luego tenemos el desperdicio creativo, como es hablar contigo ahora.

Así que yo le dije:

—Sí, pero ¿qué criterios tienes para distinguir la creación del desperdicio? Cualquiera puede decir que lo que él hace es creación y que lo de todos los demás son desperdicios. Es una cosa tan general que no significa nada.

Bueno, aquello fue como abrirle los ojos. Me imagino que nadie le había hecho muchas objeciones. En cualquier caso se olvidó de filosofías y yo me alegré del olvido, porque por lo que a mí concierne todas esas ideas pertenecen al departamento del «no me cuentes nada de eso».

Entonces Phillip me preguntó si tenía marihuana y le dije que no demasiada, pero él insistió en que quería fumar un poco, así que me fui al cajón de la mesa y prendimos un cigarrillo y lo fuimos pasando. Era un material muy flojo y el petardillo aquel no le hizo efecto a nadie.

Ryko, que había estado todo aquel tiempo sentado en el sofá sin decir nada, dijo:

—Me fumé seis petardos en Port Arthur, en Texas, y no me acuerdo de nada de Port Arthur, Texas.

Yo dije:

—Ahora está muy difícil encontrar marihuana y no sé de dónde voy a sacar más en cuanto se termine ésta.

Pero Phillip pilló otro cigarrillo y empezó a fumárselo. Así que me llené el vaso de Canadian Club.

En ese instante me resultó raro que si aquellos tíos nunca tenían un chavo, consiguieran aquel Canadian Club. Así que se lo pregunté.

—Agnes lo levantó en un bar —dijo Al.

Al parecer, Agnes y Al estaban al final de la barra del Pied Piper tomándose una cerveza cuando de repente Agnes le dijo a Al: «Recoge el cambio y sígueme. Tengo una botella de Canadian Club debajo del abrigo.» Al la siguió, más asustado que ella. Ni siquiera la había visto cogerla.

Eso había sucedido esa noche, más temprano, y la botella ya estaba medio vacía. Felicité a Agnes y ella sonrió satisfecha.

—Fue fácil —me dijo—. Lo haré otra vez.

No estando conmigo, me dije para mis adentros.

Entonces se hizo un vacío en la conversación y yo tenía demasiado sueño para decir nada. Hablaban de algo que no oía y entonces alcé la vista justo a tiempo de ver a Phillip morder un trozo grande de cristal de su vaso y empezar a mascararlo, haciendo un ruido que se oía por todo el cuarto. Agnes y Ryko ponían unas caras como si hubiese alguien rascando con las uñas en una pizarra.

Phillip masticó bien el cristal y se lo tragó con el agua de Agnes. Entonces Al se comió también un trozo y yo le di un vaso de agua para que se lo tragase. Agnes preguntó si se podían morir y yo le dije que no, que si lo masticabas bien finito no había peligro, que era como tragarse un

poco de arena. Todo eso que se decía por ahí de gente muerta por tomar cristal molido eran pamplinas.

Justo entonces se me ocurrió una idea para un gag, y dije:

—Estoy descuidando mis obligaciones de anfitrión. ¿Alguien tiene hambre? Tengo una cosa muy especial que he conseguido hoy mismo.

En ese momento Phillip y Al se estaban quitando trocitos sueltos de cristal de entre los dientes. Al se había metido en el cuarto de baño para mirarse las encías en el espejo, y le sangraban.

—Sí —dijo Al desde el baño.

Phillip dijo que el cristal le había abierto el apetito. Al me preguntó si era otro paquete de comida de mi costilla y yo le dije:

—La verdad es que sí, es algo realmente bueno.

Así que me fui al armario e hice un poco el tonto revolviendo por allí y salí con una pila de cuchillas de afeitar viejas en un plato y un tarro de mostaza.

—Eres un cabrón —dijo Phillip—. Tengo hambre de verdad.

Y yo me sentí muy contento con la broma y dije:

—Un buen gag, ¿eh?

Y Ryko dijo:

—Una vez en Chicago vi a un tío que comía cuchillas de afeitar. Cuchillas, cristales y bombillas. Al final se comía un plato de porcelana.

Para entonces ya todos estaban borrachos, menos Agnes y yo. Al estaba sentado a los pies de Phillip y lo contemplaba con una expresión bobalicona en la cara. Empecé a desear que se fuesen todos a sus casas.

En ese momento Phillip se levantó, bamboleándose un poco, y dijo:

—Venga, subamos a la azotea.

—Muy bien —dijo Al saltando como si nunca hubiera oído una propuesta más maravillosa.

—No, no subáis —les dije yo—. Vais a despertar a la casera. De todos modos allí arriba no hay nada.

—Vete al infierno, Dennison —dijo Al, irritado por que intentase bloquear un plan ideado por Phillip.

Así que salieron dando tumbos por la puerta y empezaron a subir las escaleras. La casera y su familia ocupan el piso encima de mí y encima de ellos está la azotea.

Me senté y me serví un poco más de Canadian Club. Agnes no quería más y dijo que se iba a casa. Ryko se había quedado dormido en el sofá, así que me eché el resto en mi vaso y Agnes se levantó para irse.

Se oyó no sé qué alboroto en la azotea y luego oí que algo de cristal se rompía en la calle. Nos acercamos a la ventana y Agnes dijo:

—Deben haber tirado un vaso a la calle.

Eso me pareció lógico, de modo que asomé la cabeza con precaución y vi a una mujer que miraba para arriba e insultaba. Fuera empezaba a clarear.

—Locos cabrones —decía—. ¿Qué queréis, matar a alguien?

Como creo firmemente en el contraataque, le grité:

—¡Cállese! Va a despertar a todo el mundo. Lárguese o llamo a la policía. —Y apagué las luces como si me hubiera levantado de la cama y volviera a meterme.

A los pocos minutos se marchó, todavía soltando tacos, igual que yo, sólo que yo en silencio, al acordarme de todos los problemas que aquellos dos me habían causado en el pasado. Me acordé de cuando me estrellaron el coche en Newark y cuando me echaron de un hotel de Washington porque Phillip meó por la ventana. Y había cantidad

de cosas más por el estilo. Quiero decir, lo típico de estudiantes bestias, del estilo de las de 1910. Y eso pasaba siempre que estaban juntos. Por separado, se portaban perfectamente.

Encendí las luces y Agnes se marchó. En la azotea todo estaba tranquilo.

«Espero que no se les ocurra saltar», me dije a mí mismo, porque Ryko dormía. «Bueno, por mí pueden tirarse ahí toda la noche, si quieren. Me voy a la cama.»

Me desvestí y me metí en la cama, y dejé a Ryko durmiendo en el sofá. Eran más o menos las seis.

MIKE RYKO

Me marché del apartamento de Dennison a las seis y eché a andar para casa en Washington Square. En la calle había bruma y hacía frío y el sol andaba por detrás de los muelles del East River. Fui caminando por la calle Bleecker en dirección este después de pasar por Riker's a ver si estaban Phillip y Al.

Cuando llegué a Washington Square estaba demasiado dormido para andar derecho. Subí al apartamento de Janie en el segundo piso, tiré la ropa encima de una silla, la empujé un poco y me metí en la cama. El gato corría arriba y abajo por la cama jugando con las sábanas.

Cuando me desperté ese domingo por la tarde hacía mucho calor y en la radio del cuarto de estar tocaba la orquesta filarmónica. Me senté y me incliné para mirar y vi a Janie sentada en el sofá con una toalla sólo y todo el pelo mojado de ducharse.

Phillip estaba sentado en el suelo con una toalla sólo y un cigarrillo en los labios, oyendo la música, que era la primera de Brahms.

—¡Eh! —dije—. Tírame un pitillo.

Janie vino y dijo «Buenos días» con sarcasmo de niña pequeña y me dio un cigarrillo.

—Dios, qué calor —dije.

Y Janie dijo:

—Levántate y date una ducha, cabrón.

—¿Qué pasa?

—A mí no me vengas con qué pasa. Anoche fumaste marihuana.

—Pero no era nada buena, de todos modos —dije, y me fui al baño.

El sol de junio inundaba el espacio y cuando abrí el chorro del agua fría fue como zambullirse en un estanque umbroso una tarde de verano allá en Pennsylvania.

Después me senté en el cuarto de estar con una toalla y un vaso de naranjada fría y pregunté a Phillip adónde había ido con Ramsay Allen la noche antes. Me dijo que después de marcharse de casa de Dennison se fueron para el Empire State.

—¿Y por qué el Empire State? —pregunté.

—Estábamos pensando si tirarnos desde allí. No me acuerdo con claridad.

—Tiraros de allí, ¿eh? —dije.

Hablamos un rato de la Nueva Visión, que Phillip estaba entonces tratando de desarrollar, y luego cuando me terminé la naranjada me levanté, me fui al dormitorio y me puse los pantalones. Dije que tenía hambre.

Janie y Phillip empezaron a vestirse y yo me metí en el agujero que llamábamos la biblioteca y hojeé unas cosas de encima del escritorio. En cierto modo me estaba preparando lentamente para volver a navegar. Dejé unas pocas cosas encima del escritorio y luego volví al cuarto de estar y ya estaban listos. Bajamos las escaleras y salimos a la calle.

—¿Cuándo vuelves a embarcarte, Mike? —me preguntó Phillip.

—Pues —dije yo— en un par de semanas, supongo.

—Y una mierda —dijo Janie.

—Bueno —dijo Phillip mientras cruzábamos la plaza—, he estado pensando en embarcarme yo también. Tengo papeles de marinero, sabes, pero nunca me he embarcado. ¿Qué tendría que hacer para conseguir un barco?

Le di todos los detalles brevemente.

Phillip asintió con cara de satisfecho.

—Voy a hacerlo —dijo—. ¿Y hay alguna posibilidad de irnos en el mismo barco?

—Pues sí, claro —dije—. ¿Y has decidido todo esto de repente? ¿Qué va a decir tu tío?

—Le parecerá estupendo. Estará contento de ver que hago algo patriótico y tal. Y contento de librarse de mí una temporada.

Le expresé mi satisfacción con la idea en conjunto. Dije a Phil que siempre es mejor irse a navegar con un socio por si hay problemas a bordo del barco con los otros miembros de la tripulación. Le expliqué que algunas veces el lobo solitario era probable que tuviese que agarrar el palo por el lado de la mierda, especialmente si era de los que les gusta andar siempre por su cuenta. Esa clase de marineros, le dije, despiertan las suspicacias de los otros tripulantes sin darse cuenta.

Fuimos al Frying Pan de la calle Ocho. A Janie todavía le quedaba algo de dinero del último cheque de su asignación del fondo de inversiones. Era de Colorado, de Denver, pero hacía más de un año que no iba por su casa. Su padre era viudo y rico, vivía en un hotel imponente de allí y de vez en cuando escribía a su hija y le contaba lo bien que estaba.

Janie y yo pedimos huevos fritos con beicon, pero Phillip pidió dos huevos cocidos tres minutos y medio.

Había una camarera nueva en la barra y le lanzó una mirada agria. Cantidad de gente se molestaba con el aspecto exótico de Phillip y lo miraba con suspicacia, como si pensasen que era un tipo drogado o un maricón.

—No quiero que Allen sepa que me embarco —decía Phillip—. La idea es básicamente alejarme de él. Si lo descubre es capaz de fastidiarlo todo.

Me reí. Phillip dijo, bien serio:

—No conoces a Allen. Es capaz de cualquier cosa. Hace demasiado que lo conozco.

—Si lo que quieres es librarte de él —le dije yo—, dile directamente que deje de andar siempre a tu rabo y desaparezca.

—Eso no funcionaría. No desaparecería, simplemente.

Nos tomamos el jugo de tomate en silencio.

—No entiendo tu lógica, Phil —dije—. A mí me parece que a ti no te importa que esté constantemente dando vueltas a tu alrededor, con tal de que no intente hacer nada. Y hay veces que puede ser cómodo.

—Se está volviendo incómodo —dijo Phil.

—¿Qué pasaría si descubre que te marchas en un barco?

—Cantidad de cosas.

—¿Qué podría hacer si lo descubriese cuando ya haya zarpado el barco para ultramar?

—Probablemente esté esperándome en el puerto de arribada, con una boina y abriendo conchas en una playa con cinco o seis moritos a sus pies.

Me eché a reír.

—Ésa es buena —dije.

—Tú no quieres que ese marica se meta en todo lo que haces —le decía Janie a Phillip.

—Esa de la playa es muy buena, de veras —dije yo.

Llegaron nuestros huevos, pero los de Phillip estaban completamente crudos. Llamó a la camarera y le dijo:

—Estos huevos están crudos. —E ilustró su afirmación metiendo la cucharilla en el huevo y sacándola con una larga serpentina de clara cruda.

La camarera le dijo:

—Usted dijo huevos cocidos blandos, ¿no? No podemos andar devolviendo lo que se le antoje.

Phillip empujó los huevos hacia ella por el mostrador.

—Dos huevos cuatro minutos. Tal vez eso simplifique las cosas.

Luego se volvió hacia mí y se puso a hablar de la Nueva Visión. La camarera cogió los huevos con brusquedad y se largó con un frufrú de faldas a la ventanilla por donde sacaban la comida de la cocina.

—Dos pasados por agua cuatro minutos.

Cuando volvieron los huevos estaban perfectos. La camarera los plantó delante de Phil dando un buen golpe. Él empezó a comérselos con calma.

—De acuerdo —dije cuando terminé mi desayuno—. Mañana te bajas a Broadway como te he dicho y que te arreglen las cosas. Te garantizo que conseguiremos barco esta misma semana. Estaremos en alta mar antes de que Allen lo descubra.

—Bien —dijo Phillip—. Quiero largarme lo más pronto posible.

—Lo que no se puede saber es adónde irá nuestro barco —le aclaré.

—No me importa, aunque me gustaría ir a Francia.

—Y a mí —dije—, pero tú ya has estado en Francia.

—Estuve con mi madre cuando tenía catorce años, con una institutriz inglesa todo el día rondando. Lo que quiero ver es el Barrio Latino.

—El Barrio Latino está en París —dije—, y nosotros todo lo que tenemos es una franja de tierra en la península de Normandía. No creo que veamos París esta vez.

—Puede haber un avance hasta París en cualquier momento. De todos modos, lo importante es salir de América.

—Y poner tierra de por medio con Ramsay Allen —dije yo.

—Eso espero —dijo él.

—En el mar hay cantidad de tiempo para escribir poesía —añadí.

—Ésa es otra razón.

—¿Por qué no puedes escribir poesía y elaborar tu Nueva Visión en Nueva York?

Phillip sonrió.

—Porque Al está por allí en medio y es como un peso muerto sobre todas mis ideas. He tenido algunas ideas nuevas. Él pertenece a una generación más vieja.

—¡Ah! —dije yo—. Se te nota una falta absoluta de gratitud a tu anciano y venerable maestro.

Phillip me dirigió una sonrisa maliciosa.

Janie dijo:

—No decís más que memeces, los dos. Querréis ganar un poco de pasta, ¿no? Cuando volváis podemos irnos todos a Florida o a Nueva Orleans o a algún sitio a pasar el invierno. Da igual la poesía.

Teníamos cigarrillos, pero no cerillas. Phil llamó a la camarera.

—Esto, señorita, ¿tiene fuego?

—No —dijo la camarera.

—Entonces vaya a buscar —dijo Phillip con su voz clara y tranquila.

La camarera sacó una caja de cerillas de madera de debajo de la barra y se la tiró. Aterrizó en mi plato de huevos vacíos e hizo saltar unas patatas fritas sobre el mostrador.

Phillip cogió la caja y encendió los cigarrillos de todos. Luego tiró la caja, que cayó sobre la barra cerca de la camarera.

El ruido la sobresaltó y dijo:

—¡Oh! No tendría que habérsela dado.

Phillip le sonrió. Yo dije:

—Debe de estar con el mes.

Al oír eso, un camarero achaparrado se me acercó y dijo:

—¿Te crees un tío gracioso?

—Pues claro —le dije.

Parecía que iba a haber pelea, pero Janie dijo:

—Lo empezó todo esa zorra. ¿Por qué no se busca una camarera nueva?

El camarero lanzó una mirada de cabreo para todos y se largó.

—Larguémonos de aquí —dijo Janie. Pagó la cuenta y salimos a la calle.

Volvimos andando a Washington Square y nos sentamos en un banco a la sombra. Me acabé cansando de aquello, de modo que me senté en la hierba y me puse a morder una ramita. Pensaba en los libros que me llevaría al viaje y los ratos que pasaríamos Phil y yo por algún puerto extranjero. Phil y Janie hablaban de la chica de él, Barbara Bennington —«Babs» para los amigos—, y de cómo reaccionaría ante la noticia de esa partida repentina.

Entonces llegó un viejito borracho que iba tambaleándose y hablando solo. Se paró delante de nuestro banco y se puso a mirarme. No le hicimos ni el menor caso, de modo que empezó a mosquearse. Tenía un tic de alcohólico y gruñía cada vez que le daba. Hizo el tic y me hizo «Aaah» a mí y se marchó.

Phil y Janie seguían hablando y de repente el borrachín había vuelto y me miraba fijo.

—¿Quién eres tú? —quiso saber.

Yo imité su tic y le hice «Aaah».

—Váyase a casa —le dijo Phil, y el viejo se asustó y se marchó dedicando sus tics y sus gruñidos a los árboles y los bancos.

Seguimos allí sentados otro rato y luego decidimos irnos a casa. Phil dijo que se iba directamente para empezar a hacer las maletas. Vivía en un hotel familiar justo a la vuelta de la esquina del apartamento de Janie, y tenía una suite pequeñita de dos habitaciones con baño propio.

Cuando doblábamos la esquina nos encontramos con James Cathcart, que era estudiante de la Escuela de Empresariales de la Universidad de Nueva York, y se fue con Phillip para ayudarle con las maletas. Phillip le decía que no dijese ni pío del tema. Así que aunque Cathcart era muy amigo de Phillip, se veía que éste tomaba todas las precauciones para que la noticia no llegase a oídos de Ramsay Allen.

Janie y yo fuimos arriba y nos dimos una ducha juntos. Luego nos sentamos a charlar en el cuarto de estar. Yo estaba en la mecedora enfrente de ella y ella en el sofá, sentada estilo nativo y con una toalla. Yo no dejaba de mirar la toalla hasta que empezó a fastidiarme, de modo que me levanté, le quité la toalla y me volví a la mecedora.

—¿Qué vas a hacer cuando estés navegando? —dijo.

Y yo dije:

—No te preocupes por el futuro.